Año 1954
29 Septiembre
ABC

69

EL ANTIGUO Y EL NUEVO REGIMEN

HAY dos tipos de revoluciones: las que de modo súbito lo trastruecan todo y las que de una manera casi imperceptible, poco a poco, modifican el perfil de las cosas. Parece ocioso decir que estas últimas son de efectos más radicales que las primeras. En la vida española—ante un Código Civil intacto—se ha producido un fenómeno de gestación lenta, pero inflexible: la mujer y el hombre, al revés de lo que sucedía en el pasado siglo, se han sacudido la tutoría familiar y se eligen libremente. Los padres se encuentran poco menos que con el hecho consumado: "velis nolis", el amor ha prendido en el corazón de sus hijos y éstos quieren serle fieles. Aquellas bodas preparadas desde la pubertad de los contrayentes, al servicio de una continuidad social o económica, se han reducido al mínimo. ¿Qué suerte ha cabido a la felicidad en todo ello? ¿Son hoy más dichosos los matrimonios, por término medio, de lo que lo fueron otrora, en "el antiguo régimen"? Un libro de Frantz Funck-Brentano, que lleva ese título, contiene el siguiente inefable diálogo:

—Aseguran, padre mío, que habéis resuelto casarme con una persona cuyo nombre ya se sabe por ahí. ¿Me permitiréis que os pregunte qué hay de cierto en eso?

El interpelado, consejero del Departamento de Dijon, mira severamente a su hijo y le responde con gravedad:

—Señor mío, ocupaos sólo de vuestros asuntos.

No cabe una réplica más insospechada, más delirante. La elección, para tan disciplinado primogénito, de la persona con la que ha de convivir, a la que ha de amar, de la que ha de tener descendencia, "no es asunto suyo". Concierne de modo exclusivo a su padre.

Daría cualquier cosa por saber cuál fué la suerte de aquella pareja, si bien anticipo que de ninguna manera pudo ser peor que la que el destino reservaba a mis buenos y desgraciados amigos los X..., que a los catorce meses justos de contraer legítimas nupcias, tras el furtivo abandono por la esposa del hogar paterno, se separaron en el Juzgado contiguo a la clínica de urgencia en la que aquélla fué curada de las lesiones de primer grado causadas por su cónyuge.

"El sí de las niñas", cuyo terso diálogo es perfectamente compatible con la ñoñería actual de su tema, fué, en su día, una obra revolucionaria, y la censura tuvo con ella sus más y sus menos. Vencía, en su texto, a la superior ordenación familiar, la voluntad de los enamorados, y esto barrenaba muchos principios entonces tenidos por intangibles. Hoy, "a contrario sensu", sería cosa de saber lo que pasaría con una comedia que se titulase, verbigracia, "El no de los padres", y que les devolviese a éstos toda o parte de la autoridad perdida en esos trances.

Reconozcamos que si la trasposición de términos en los tiempos que historia Franck Brentano era viciosa, el absoluto desprendimiento de la rectoría paterna a que se ha llegado en los nuestros, lo es igualmente. La verdad es que en esto, como en casi todo, la virtud equidista de los extremos. La fórmula imperante en la época de nuestros bisabuelos se apuntó, entre otros, un éxito clamoroso: la boda de Eugenia de Montijo con el Emperador Napoleón fué una obra maestra de la sapiencia y previsión maternal de doña Manuela, de la que se hablará mientras el mundo sea mundo. La otra fórmula, aquella que convierte el matrimonio en materia de la exclusiva competencia de los contrayentes, aunque más natural y lógica que la primera, está expuesta a graves percances. Los enamorados ven el día presente; sus padres, el de mañana. En los matrimonios con algún matiz de "morganatismo"—económico, cronológico, social, formativo, político—, los padres saben cómo es de difícil y delicada la mutua convivencia al declinar la pasión, cuando los esposos se encuentran frente a frente, solos ante sí mismos, desasistidos de esos prosaicos, pero utilísimos nexos de unión que constituyen la identidad de la cuna, o de la educación, o de las ideas. Y eso es lo que los hijos, inexpertos, no entrevén casi nunca, y menos en las luminosas horas del noviazgo. Después viene el—ya te lo decía yo—que apostilla el fracaso y las decepciones, y es el triunfo amargo, aun para el que ve triunfar sus profecías, del conocedor de la vida sobre los que, por ser jóvenes, la ignoran.

Llegamos, claro, a la conclusión de que la caza de la felicidad sigue siendo tan difícil como lo fué siempre. Está por descubrir el arma que la ponga más a tiro de nuestros corazones. Si supiésemos por dónde andaba y dónde buscarla con ciertas probabilidades de éxito... Pero sus refugios son misteriosos y sus hábitos, de una bohemia irregularidad. Así pudo decir un día el poeta:

> Pasé junto a mi dicha
> y la pisoteé sin conocerla.

porque—y ésta es una de sus gracias—, la felicidad gusta de enmascararse. Ahora bien: en el matrimonio cabe la máxima felicidad terrena o la máxima desgracia, y lo grave es que con la audodeterminación de nuestros días, igual que con la dependencia de los pasados, estamos igualmente a oscuras sobre lo que conviene hacer para que ese hogareño cuenco no se nos llene de acíbar en vez de miel. Sigue en pie el terrible interrogante e inescrutable, la gran lotería, ante la que toda mesura es poca. ¿Qué da la victoria? ¿La inspiración o el cálculo? La felicidad no es un problema de matemáticas. Y, sin embargo, si los factores se disponen bien y con prudencia, ya se lleva ganado mucho para conseguirla.

A la encantadora y anónima comunicante, madre de dos muchachitas "en estado de merecer", que me pide que le aconseje—¿por qué a mí, Santo Dios, por qué?—el mejor camino para librarles de un amor inadecuado y que asume así la responsabilidad indirecta de este artículo, yo apenas si me atrevo a decirla que vigile el medio en que sus hijas se desenvuelven, porque de esa forma, si en algún error incurren al elegir la persona concreta, no resultará éste agravado por el de la condición social del elegido, ya que lo lógico ha de ser que en el círculo inmediato de sus relaciones se planee y resuelva el porvenir sentimental de sus retoños. Sin perjuicio de que la vida—que es una tolvanera infatigable—, a la que divierte acercarnos los unos a los otros fugitivamente, separarnos después, barajarnos, en suma, no dé lugar a que el amor, en uno de esos juegos, haga alguna de las suyas y lo eche todo al traste.

Lo que no logrará nunca ningún Gallup, ningún Kinsey, es una estadística, ni aproximada siquiera, que nos informe de la suerte que ha cabido a la felicidad en estas alternativas, con lo que vuelvo al tema del comienzo. Y puesto que es necesario tomar partido sobre tan escabroso punto, declaro que estoy dispuesto a defender, pese a los riesgos que le son inherentes, el sistema moderno sobre el antiguo. Cuando la elección es obra de los mismos interesados, hay, por lo menos, en el camino común, una trocha en la que la ventura mutua parece asegurada. Esa circunstancia no se da en aquellos matrimonios que se ajustan a la falsilla impuesta. Y esos primeros pasos cuentan mucho. Es difícil de enderezar lo que se empieza mal. Parece más fácil continuar dichosamente la senda iniciada con recíproca ilusión, con recíproca fe, hacia el futuro ignoto.

Joaquín CALVO-SOTELO